Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 324, noviembre de 2026, ISSN: 0251-3552, <nuso.org>.

PUNTO DE VISTA

Un decálogo para construir futuros deseables

Cristina Monge

La incertidumbre y la desconfianza han convertido el futuro en un lugar temido, terreno fértil para una extrema derecha que promete seguridad mirando hacia el pasado. Frente a ello, la izquierda no puede limitarse a resistir: debe imaginar y construir futuros deseables. Algunas acciones para avanzar hacia esa meta van desde desterrar el determinismo y el prestigio del pesimismo hasta sanar la conversación pública, politizar la transición ecológica y repensar el progreso y la seguridad.

Vivimos tiempos inciertos sin espacio para el futuro. Los malestares acumulados durante décadas cristalizan en descontentos que arrasan con lo que encuentran a su paso. Ya no hay un suelo firme de derechos y libertades que proporcione seguridad.

En muchos países, lo que hace unos años era indignación hoy ha mutado en decepción. La globalización, si bien contribuyó a reducir la desigualdad entre países, la amplió dentro de buena parte de las democracias. Junto a esto, extirpó la política del espacio próximo para llevarla a lugares lejanos e indeterminados que ocultan las caras de quienes toman decisiones. ¿A quién pedir cuentas? El siglo xxi comenzó el 11 de septiembre de 2001 con el ataque a las Torres Gemelas, al que siguieron una «guerra contra el terror» liderada desde Occidente y la señalación de un «eje del mal». Continuó con una crisis financiera en 2008 que quebró la línea ascendente de progreso en que se había convertido la Historia a los ojos de buena parte de la ciudadanía, atravesó una pandemia global y vivió la ruptura del multilateralismo internacional nacido de la Segunda Guerra Mundial. Esto, solo en 25 años, recién cumplido el primer cuarto de siglo.

Hoy el contexto incluye una revolución tecnológica compleja, veloz y aparentemente fuera de control; una crisis ambiental que lo cambia todo –parafraseando a Naomi Klein–; movimientos de personas que atraviesan fronteras forzados por el cambio climático, la pobreza o las guerras, y ataques híbridos que usan la inmigración como arma para desestabilizar las democracias.

La incertidumbre que generan estos elementos opera, además, en un contexto de desconfianza hacia las instituciones, hacia los agentes de intermediación y de las sociedades en sí mismas. El individualismo que trae el capitalismo y exacerba la digitalización actúa como disolvente de las sociedades aniquilando la cohesión social. La incertidumbre, unida a la desconfianza, da como resultado sociedades temerosas. Un terreno propicio para la extrema derecha, que busca ofrecer una imagen de seguridad volviendo al pasado. El concepto de *retrotopía*[1] de Zygmunt Bauman acierta en la descripción del momento.

¿En quién confiamos para gestionar estos retos de enorme magnitud que se alzan sobre nosotros? En nada, en nadie. De ahí que el futuro sea, indefectiblemente, un lugar tenebroso al que nadie quiere llegar. Ante esto parece no haber reacción posible, tan solo la mirada impotente de sociedades que no encuentran cómo hacer frente a desafíos que, además de inmensos, tienen un potencial disruptivo que apenas intuimos.

No obstante, conviene señalar que la incertidumbre no es solo amenaza, también es una puerta abierta a la posibilidad de que las cosas sean de otra manera. Los expertos no anticiparon la crisis financiera de 2008 ni la pandemia de covid-19, y esa misma incapacidad para predecir nos recuerda que el futuro no está escrito. Una obviedad que muchas sociedades, aplastadas por la impotencia, parecen haber olvidado, hasta el punto de renunciar incluso a imaginar un futuro en el que quieran vivir. La lucha por sociedades más democráticas, en especial para la izquierda, no puede ser solo la de la crítica y la resistencia a estas tendencias tenebrosas. Ha de ser también la lucha por imaginar, pensar y construir el futuro que deseamos, el lugar al que queremos llegar. Porque pensar ya es empezar a construir.

Con la humildad intelectual que exige enfrentarse a retos nuevos siendo conscientes de que no hay receta alguna para abordarlos, aquí va un decálogo de propuestas con la intención de que ayuden al debate, a la discusión, a la conversación que tenemos que abrir. No teman destrozarlas, para eso están. Las personas son respetables, pero no así las ideas, que requieren ser cuestionadas, retorcidas y puestas a prueba permanentemente para hacerlas mejores.

1. Zygmunt Bauman: *Retrotopía*, Barcelona, Paidós, 2017.

1. Eliminar tres virus letales: el TINA, el fin de la Historia y el prestigio del pesimismo

Para que la izquierda empiece a construir un futuro deseable, es preciso eliminar tres virus que se han instalado en el sistema operativo de las sociedades democráticas. El primero fue inoculado por el neoliberalismo de Ronald Reagan y Margaret Thatcher cuando hicieron creer que no hay alternativa, «There is no alternative» (TINA). Presentaron el curso de la Historia como algo inevitable, sin margen alguno para el cambio. Recuerden, por ejemplo, cómo la hoy cuestionada globalización era supuestamente imparable hace unas décadas, o cómo el austericidio era la única vía disponible en Europa para paliar la crisis financiera de 2008 y, sin embargo, la respuesta a la pandemia fue radicalmente distinta. ¡Claro que había alternativas! Siempre las hay.

La noción de lo inevitable se lleva por delante el debate político, porque si no hay alternativa tampoco hay discrepancia ideológica, propuestas divergentes ni conflictos por resolver. Contra ese determinismo peleaban en España los indignados cuando gritaban «Sí, se puede», y movimientos similares en otros países, redescubriendo la potencia de la acción colectiva. Que aquellas promesas hayan devenido en decepción no significa que no existan otras alternativas. Lo peculiar de este momento es que no hay que buscarlas, sino construirlas.

Conviene recordar que la ausencia de alternativas es un ejercicio de antipolítica y actúa como disolvente del futuro. Si no hay otro futuro posible que construir, y este solo se percibe como un lugar tenebroso, la mirada vuelve hacia el pasado. Terreno abonado para esos «hombres fuertes» que lanzan una promesa de seguridad en torno de un pasado mítico: la vuelta a la «familia tradicional», las sociedades homogéneas, una supuesta seguridad y previsibilidad que permite volver a la confortabilidad de lo ya conocido. Para sostener el relato se culpa al otro, al migrante, al diferente y, sobre todo, al pobre. Los lemas de las extremas derechas –volver a hacer grande un país, recuperar el control, levantar de nuevo una nación– comparten esa llamada a un pasado que nunca existió, pero que calma sentimientos de inseguridad cada vez más extendidos.

El segundo virus por eliminar también lleva décadas habitando en nuestras conciencias, pese a que su autor se haya arrepentido

parcialmente de haberlo inoculado[2]. El «fin de la Historia» no llegó cuando Francis Fukuyama publicó su libro[3] ni lo va a hacer ahora. Pero la idea parece persistir, aunque con una imagen teleológica opuesta: la de que vamos inevitablemente hacia un final trágico. Sin embargo, la Historia seguirá su curso en función de la correlación de fuerzas; unos lo saben y están en ello; otros, impotentes, pueden perder por incomparecencia.

A esta dinámica contribuye el que es, a mi juicio, el tercer virus por eliminar: el prestigio del pesimismo. Se ha asimilado pesimismo a seriedad, profundidad, rigor y conocimiento, como si fuera cierto ese lugar común que dice que un pesimista es un optimista bien informado. Pero el pesimismo conduce a la parálisis, imposibilita la búsqueda de salidas y olvida que los humanos podemos gobernar y gobernarnos. La clave no es ver la botella medio llena o medio vacía, sino valorar si se está llenando o vaciando y, sobre todo, optar entre quedarse impávido viendo cómo se vacía o armarse de esperanza para conseguir que se llene de la mejor manera posible.

2. No preguntes qué va a pasar, pregúntate qué vamos a hacer

La pregunta no es qué va a pasar, sino qué vamos a hacer. Formularla es reconocer nuestra capacidad para hacer que las cosas ocurran, mediante decisiones individuales y, casi siempre, mediante acción colectiva. Esta actitud supone retomar las riendas de nuestro destino y debe desplegarse en todos los planos: en lo local, en los Estados y en las mesas multilaterales, pero también en cada centro de trabajo, comunidad de vecinos, escuela, universidad y espacio de convivencia. En definitiva, se trata de «reapropiarnos» de la política, como propuso ya en 2015 Pierre Rosanvallon en *El buen gobierno*[4].

La complejidad y profundidad de los desafíos no deberían resultar paralizantes, sino motivadoras. Para eso, conviene recordar que no existe una receta mágica. Los retos que se abordan por vez primera exigen humildad, honestidad intelectual, evaluación continua

2. Louis Menand: «Francis Fukuyama Postpones the End of History» en *The New Yorker*, 3/9/2018.

3. Francis Fukuyama: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

4. Buenos Aires, Manantial, 2015.

y disposición a equivocarnos pronto para encontrar cuanto antes caminos exitosos. Las salidas serán parciales, pero no por ello menores. Es preciso caminar, valorar si la senda conduce al lugar adecuado y corregir cuando sea necesario.

3. Forjar una alianza para construir futuros deseables

Eliminados los virus anteriores, hay todo un futuro por construir. Porque el futuro no se predice, se crea. Al mirarlo con miedo, se olvida que cada decisión lo está construyendo. Preguntarnos por el futuro que queremos construir es diseñar con precisión el lugar al que queremos llegar, afrontar contradicciones y preguntas que obliguen a volver a los principios. ¿Cómo es, en lo concreto, una ciudad sostenible que aúne calidad ambiental, cohesión y justicia social? ¿Para qué queremos la inteligencia artificial (IA)? ¿Cómo es esa nueva masculinidad acorde con una sociedad feminista y cómo ayudar a construirla sin generar anticuerpos? ¿Cómo globalizar derechos humanos?, y un largo etcétera. El futuro no tiene por qué ser prolongación del pasado ni repetición del presente. Si así fuera, podría construirlo cualquier IA. El futuro al que la izquierda debe aspirar ha de incorporar sus valores fundacionales, y eso hoy necesita disrupción. No hay IA que pueda repensar la comunidad desde una fraternidad liberadora, ni la libertad positiva como atributo colectivo, ni la igualdad en la diferencia. La construcción de estos futuros es una disputa política que hay que librar.

Pensar el futuro significa traerlo al presente, lo que es tanto como reconocer que no existe decisión sin consecuencias a medio y largo plazo. Peatonalizar una ciudad o dejar que sea conquistada por el transporte privado, optar por la soberanía energética con fuentes de energía renovables o, por el contrario, elegir seguir dependiendo de fuentes de energía fósiles: cada opción prefigura futuros distintos. La gobernanza anticipatoria consiste en gobernar hoy creando el futuro al que se quiere llegar. De ahí que las ya existentes comisiones parlamentarias del futuro u otro tipo de instituciones pensadas para gestionar el largo plazo ayuden a conocer los desafíos para delimitar el futuro deseable.

Construir el futuro es apostar por una permanente actualización del contrato social. Ahora bien, el contrato social es el acuerdo que hace gestionable el conflicto y posible la cooperación, pero su

formulación clásica parte de una lógica transaccional y deja fuera a quienes no son considerados productivos. Quizá sea el momento, según han planteado pensadoras como Adela Cortina, de dar el paso hacia una alianza de actores diferentes[5]. La alianza enfatiza compromiso, aportación solidaria, reconocimiento recíproco y confianza mutua. Es un sumatorio de fuerzas hacia un objetivo común, mucho más que un intercambio de A por B.

Esa alianza necesita acordar el rol de cada actor. El Estado es quien posee la legitimidad democrática y debe pasar de «hacer» a «hacer-hacer»: habilitar, como plantea Mariana Mazzucato, espacios de cocreación y participación[6]. Las empresas tienen un rol político porque su comportamiento construye sociedad y como tales hay que exigirles; no se trata solo de que cumplan la ley, sino de que con sus comportamientos contribuyan a crear ese futuro. La sociedad civil, por su parte, no debe olvidar que es el espacio donde se generan consensos capaces de impulsar cambios; su papel en democracia es de una importancia vital. Finalmente, el mundo del conocimiento debe ayudarnos a entender y gestionar la complejidad, a acotar la incertidumbre y a vivir con ella.

4. Volver a los principios, pensar qué queremos tener en común

Gestionar los malestares exige volver a lo básico: repensar lo esencial para actualizarlo, matizarlo, enmendarlo o romperlo por completo. De ahí que sea necesario recordar el fin último de toda política: ser útil a la sociedad que sirve, resultar eficaz en la solución de los problemas y en la búsqueda de alternativas. Esta utilidad debe mostrarse en un nivel macro, gestionando los grandes temas globales, pero también en el nivel micro, respondiendo a los desafíos cotidianos. A la democracia se le pide que arregle los problemas de la gente y, más allá de sus valores morales, que sea eficaz. Si no garantiza bienestar, vivienda asequible, salarios dignos y servicios públicos de calidad, crece la percepción de que no funciona.

5. Adela Cortina: *Alianza y contrato. Política, ética y religión*, Madrid, Trotta, 2005.

6. Mariana Mazzucato: *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado*, Madrid, RBA, 2014.

Los nuevos liderazgos que están surgiendo entre los Socialistas Democráticos de Estados Unidos (DSA, por sus siglas en inglés), como recuerda la periodista Raina Lipsitz, han sabido entender este desafío[7]. No consiste en renunciar a los valores posmaterialistas, sino en hibridarlos con las cuestiones de carácter material que determinan el estado de una sociedad. Abaratar el transporte público, garantizar el acceso a una vivienda asequible, a guarderías gratuitas o a productos de primera necesidad son medidas claves en ciudades que día a día expulsan a quienes carecen de alto nivel adquisitivo. Políticas que no están reñidas con la defensa del feminismo, la multiculturalidad o la sostenibilidad, sino que se complementan entre sí. El reto es saber formularlas como una propuesta política coherente.

Volver a los principios implica también decidir qué queremos tener en común. Además de bienes privados y públicos, es importante seguir pensando sobre los bienes comunes: agua, aire, bosques, conocimiento o plataformas gestionadas con acceso universal, sostenibilidad y participación comunitaria. Lo que está en debate no es solo quién administra, sino qué bienes asociados a derechos no pueden quedar exclusivamente en manos del mercado: educación, sanidad y prestaciones sociales han sido la base de muchas políticas socialdemócratas. Pero ¿y la vivienda, la información, el acceso a la tecnología o el cuidado del medio ambiente? Si decidimos que queremos compartirlos, considerarlos comunes, se necesitan dispositivos cuyo objetivo sea la universalidad, la equidad y el bien común. Una vez establecido ese perímetro, habrá que decidir qué corresponde a las administraciones públicas, qué a la comunidad y qué puede dejarse al mercado, o a un *mix* de todos ellos.

5. Sanar la conversación pública

Una sociedad es un espacio de comunicación y, si la conversación pública está envenenada, la convivencia enferma. Hoy, la desinformación, considerada un desorden informativo y ubicada en los primeros puestos de los rankings de amenazas globales, se ha convertido en un arma para desestabilizar las sociedades, en especial las democráticas.

7. Mariano Schuster: «Los socialistas sin complejos que siguen sorprendiendo a Estados Unidos. Entrevista a Raina Lipsitz» en *Nueva Sociedad* edición digital, 9/2026, disponible en <nuso.org>.

No es este el espacio para una disertación sobre la «verdad». Asumo que en democracia la verdad es siempre un espacio en disputa, pero sin duda, los hechos ciertos existen. Los «hechos alternativos», como calificó una asesora de Donald Trump a la falsedad de afirmar que su toma de posesión había contado con mayor número de asistentes que la de Barack Obama, son sencillamente mentiras. Una cifra de desempleo, el incremento de la temperatura media o un dato macroeconómico pueden discutirse en su medición e interpretación, pero sin un suelo compartido de hechos no hay discusión posible. Para que siga existiendo nuestro mundo común, es necesario que lo verdadero y lo falso continúen siendo categorías operativas. Defender la facticidad no solo no elimina la pluralidad de interpretaciones, sino que permite que puedan confrontarse.

Transparencia, recuperación de la confianza en los medios –a los que las democracias encomiendan la función de articular la conversación pública– y alfabetización mediática e informativa son principios básicos. Se precisan medios de comunicación responsables, organizaciones de la sociedad civil vigilantes, normas que sancionen la distribución de noticias falsas y una ciudadanía comprometida y con criterio suficiente para detectar mentiras.

6. Defender el pensamiento crítico y el derecho a discrepar

Bajo la presión de la «polarización» y en un clima de creciente crispación, letal para las democracias, el consenso se ha sacralizado como bien supremo, hasta el punto de haber arrinconado, cuando no directamente aniquilado, el pensamiento crítico. También en la izquierda. La democracia, y en especial quienes la piensan y construyen desde la izquierda, necesita discrepancia y conflicto. ¿Por qué deberíamos vivir en sociedades democráticas, si no es para ordenar y gestionar el conflicto?

Cuando se huye del griterío en que se ha transformado la conversación pública en buena parte de los países, se corre el riesgo de convertir el consenso en valor supremo y olvidar que la política democrática consiste en gestionar disensos. Consenso y discrepancia deben situarse al mismo nivel: las democracias se construyen sobre el pluralismo y hacen de él un espacio donde convertir la discrepancia en acuerdos, siempre teniendo en cuenta

que sin esta, la democracia carece de sentido. Se trata de acuerdos que rara vez zanjan definitivamente los debates, pero que permiten avanzar. En relación con lo anterior, sanar la conversación pública no es borrar el conflicto, sino darle cauce, reglas y un lenguaje que no destruya a quienes participan.

7. Maximizar el bienestar dentro de los límites del planeta

La crisis ambiental, que en el fondo es una crisis ecosocial, es el principal desafío al que se enfrenta la humanidad. La base material del planeta es el terreno de juego donde luego se desarrollan economías, se levantan sociedades y se articula la política. Es el perímetro de lo posible y lo que determina todo lo demás.

El principal debate político de estos tiempos es cómo convertir la transición ecológica en una oportunidad para que tanto quienes estamos como los que vendrán vivamos mejor, siempre dentro del terreno de juego que marca el planeta. En este sentido, es bueno aclarar que la crisis ambiental no es de izquierdas ni de derechas; simplemente es. Ahora bien, la forma de abordarla constituye una posición política de enorme calado. Según cómo se haga, la transición traerá consigo mayor desigualdad y erosión de la democracia o, por el contrario, ayudará a mejorar la cohesión social y fortalecer la democracia.

Por este motivo, es importante politizar la transición, lo cual no significa reducirla a la batalla entre partidos, sino enfrentar las distintas alternativas ideológicas para compararlas, confrontarlas y elegir. La transición ecológica no se construye sobre una discusión técnica, sino que se articula a través de un profundo debate político, el cual supone, para cada familia ideológica, replantear su relación con el planeta. Así, desde la derecha se opta por fiar la transición al desarrollo de la tecnología y los mecanismos de mercado; la socialdemocracia es más partidaria de una «transición justa» en la que, junto a lo anterior, opere el Estado para ayudar y acompañar a quienes pueden ser los perdedores de la transición; otras opciones procedentes de tendencias más izquierdistas optan por el decrecimiento. En efecto, cada modelo de transición ecológica depende del constructo ideológico desde donde se mire. Mención aparte merecen los negacionistas, que no lo son solo de la crisis ambiental, sino también de la ciencia y el conocimiento.

Las izquierdas necesitan dar un paso más en el discurso de la sostenibilidad. Ya no se trata de considerarla un equilibrio de tres dimensiones –lo económico, lo ambiental y lo social–, sino de entender que lo ambiental es el terreno de juego donde se pueden desarrollar las otras dos, lo que supone un cambio respecto a concepciones anteriores. Para hacerlo posible, la sociedad debe ser protagonista del cambio. Ya no es suficiente desarrollar procesos de participación; resulta imprescindible implicar a la ciudadanía en dinámicas de deliberación que ayuden a encontrar la manera de construir resiliencia. Asambleas ciudadanas por el clima, contratos de río (acuerdos participativos para gestionar una cuenca) y otros procesos similares convierten una democracia intermitente y de delegación en una democracia permanente y de apropiación.

Los conflictos por energías renovables, embalses, macrogranjas, líneas eléctricas, centros de datos o minas muestran que el territorio es donde se materializa la sostenibilidad y estallan sus contradicciones. Una transición ecológica que busque mejorar la cohesión social y la democracia no puede admitir que existan «zonas de sacrificio». Es preciso buscar fórmulas de ganar-ganar, pactar con transparencia y reconocer que a las licencias administrativas debe añadirse una licencia social para operar.

En este sentido, ha llegado la hora de superar el mantra de la colaboración público-privada, que a largo plazo opera en detrimento de lo público, para empezar a pensar en una colaboración público-privada-social, que tenga como objetivo una prosperidad compartida y una mirada de largo plazo. Difícilmente se puede imaginar una transición ecológica construida sobre otras bases si se pretende que ayude a cohesionar la sociedad y a mejorar la democracia.

8. Los conocimientos al servicio de la transformación social

Si se repasan los grandes desafíos que la humanidad tiene ante sí –crisis ambiental, revolución digital, movimientos de personas, tensiones geopolíticas…–, se puede comprobar que comparten algunas características. Son todos retos globales, cuya gestión presente configura el futuro, y de una enorme complejidad. Así, necesitan de todos los saberes trabajando conjuntamente para poder diagnosticarlos y pensar las salidas.

En efecto, incertidumbre y complejidad, dos de las claves del momento, obligan a movilizar los mejores conocimientos disponibles. Ni las ciencias de la tierra, ni la economía, ni las ciencias sociales o del comportamiento, ni quienes desarrollan la tecnología pueden asumir por sí solos la transformación necesaria. Ya no basta con equipos interdisciplinares; hacen falta planteamientos transdisciplinares capaces de trabajar conjuntamente desde cada saber y más allá de él. El conocimiento debe ponerse al servicio de la transformación social y de la toma de decisiones antes de que lleguen las emergencias, no solo mediante comités de expertos creados cuando ya es demasiado tarde, sino mediante procesos y espacios que incorporen la generación de conocimiento a la toma de decisiones políticas. Cada cual en su espacio, pero trabajando conjuntamente.

9. Progreso y seguridad, dos conceptos claves para repensar desde la izquierda

Volver a los principios, como aquí se defiende, significa también repensar conceptos claves. Empecemos por uno que constituye la piedra angular de la izquierda, la idea de progreso. ¿Qué es el progreso en un contexto de crisis ambiental y revolución tecnológica?

El progreso, entendido como una línea recta ascendente de bienestar que se confunde con el crecimiento, se quebró en 2008. Tanto, que hasta se evidenció de forma clara –había quien lo había advertido antes– que ni siquiera tenemos indicadores para medirlo. El producto interno bruto (PIB), como su propio creador advirtió, no mide el progreso ni el bienestar; es mucho más limitado. Si construimos un edificio, el PIB sube; si lo demolemos, vuelve a subir. ¿Hemos progresado como sociedad? ¿Ha aumentado nuestro bienestar? Indicadores de desarrollo humano, bienestar, felicidad o progreso genuino incorporan salud, educación, capital social, tiempo, cultura, democracia, medio ambiente, desigualdad, cuidados y calidad de vida. Aunque todos tienen límites, comparten la idea de situar el bienestar social, económico y ambiental en el centro.

La economía «rosquilla» (de dos círculos concéntricos) ofrece una brújula: por debajo del suelo social están las carencias de alimento, educación, vivienda y otros elementos esenciales; más allá del techo ecológico se hallan las presiones sobre los sistemas que

sostienen la vida[8]. Entre ambos límites existe un espacio ecológicamente seguro y socialmente justo.

Por otro lado, el progreso hoy no puede pensarse sin reactualizar la idea de seguridad. Cada elección convocada en los últimos años, tanto en Europa como en América Latina, ha tenido una pregunta implícita, ¿democracia o seguridad?, convirtiendo en antónimos ambos términos. En efecto, el contexto aquí descrito de incertidumbre y crisis de confianza, que da como resultado inseguridad y miedo, obliga a repensar qué significa hoy la seguridad. La izquierda tiene la obligación de hacerlo desde sus valores y principios.

En un momento de riesgos globales y ataques híbridos, la seguridad no procede solo de ejércitos y policía; también la proporcionan calles vivas con pequeños comercios abiertos, servicios públicos que protegen, una sociedad feminista que no permite la violencia de género, comunidades cohesionadas y equitativas o estrategias de resiliencia frente a la crisis climática, entre otros.

10. Esperanza, que no optimismo

Para hacer real todo lo anterior no basta con erradicar la impotencia, es preciso armarse de esperanza. Ernst Bloch definió la esperanza como una fuerza ontológica y un motor activo que impulsa al ser humano a transformar la realidad. Nada que ver con el optimismo, que tiene más relación con una creencia pasiva de que las cosas saldrán bien. La esperanza en política es motor de cambio, es un activador para llegar a un sitio mejor, y se nutre de confianza. Volvemos al principio: es clave recuperar la confianza perdida.

Hoy son muchas las fuerzas que empujan hacia la desesperanza, y no es casual. La desesperanza y la desesperación están llevando a abrazar propuestas autoritarias y antidemocráticas. Quienes cultivan esa desesperanza lo hacen buscando su beneficio político.

Por el contrario, militar hoy del lado de la esperanza no es un ejercicio de ingenuidad, sino la determinación de buscar salidas a los desafíos que se nos presentan, como ha ocurrido en otros momentos históricos. La Revolución Francesa fue una eclosión de esperanza ante un nuevo mundo en construcción, el marxismo es

8. Kate Raworth: *Economía rosquilla. Siete maneras de pensar como un economista del siglo XXI*, Barcelona, Paidós, 2018.

una filosofía de la esperanza que promueve el cambio. De hecho, fue un marxista como Ernst Bloch quien escribió *El principio esperanza*[9]. Quizá la falta de esperanza que hoy recorre una parte del planeta tenga que ver con el fin de las utopías y los grandes relatos, pero sin ella no hay propuesta política que pueda tener opciones de triunfar. Como señaló María Zambrano, la esperanza es «la substancia de nuestra vida, su último fondo»: nos permite fiar nuestra vida en el cumplimiento de algo que todavía no es, de una incertidumbre[10].

Recordemos que ningún triunfo de la izquierda brotó de la desesperanza, sino que todos vinieron en momentos en que las propuestas políticas progresistas eran capaces de imaginar, y por tanto crear, un futuro deseable. Algo llamado progreso. ¿Vamos a ello?

9. Ernst Bloch: *El principio esperanza*, 3 vols., Madrid, Trotta, 2004-2007.

10. María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma,* Madrid, Alianza, 2019.

Cristina Monge: es politóloga. Es profesora en la Universidad Complutense de Madrid. Su libro *Contra el descontento. Por una alianza para construir futuros deseables* (Barcelona, Paidós, 2026), en el que está basado este artículo, ganó el Premio Paidós de Ensayo 2026.

Palabras claves: futuro, izquierda, pensamiento crítico, pesimismo, retrotopía.